

- MCKEE, JOHN B.: *Literary Irony and the Literary Audience: Studies in the Victimization of the Reader in Augustan Fiction*. Amsterdam: Rodopi, 1974.
- MORELLO-FROSCH, MARTA: «One Hundred Years of Solitude by Gabriel García Márquez, Or Genesis Rewritten» en *Biblical Patterns in Modern Literature*. Ed. David H. Hirsch and Nehama Aschkenasy Chico, California: Scholars Press, 1984.
- MUECKE, D.C.: *The Compass of Irony*. London: Methuen, 1969.
- ORTEGA, JULIO: «García Márquez y Vargas Llosa, Imitados». *Revista Iberoamericana*. 52 (137) (octubre-diciembre 1986): 971-975.
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL: «El amor en los tiempos del cólera de Gabriel García Márquez». *Vuelta*. 114 (mayo 1986): 33-38.
- PALENCIA ROTH, MICHAEL: *Gabriel García Márquez: la línea, el círculo y las metamorfosis del mito*. Madrid: Gredos, 1983.
- PANKOW, GISELA: «L'amour absolu et l'espace médiateur». *Esprit* 133 (Dec. 1987): 69-75.
- SIMS, ROBERT L.: «El laboratorio periodístico de García Márquez: lo carnavalesco y la creación del espacio novelístico». *Revista Iberoamericana*. 52 (137) (octubre-diciembre 1986): 979-989.
- TITTLER, JONATHAN: *Narrative Irony in the Contemporary Spanish-American Novel*. Ithaca: Cornell UP, 1984.
- YARBRO-COLLINS, ADDA: *The Combat Myth in Revelation*. Missoula, Montana: Scholars Press, 1976.
- ZAMORA, LOIS PARKINSON: «Ends and Endings in García Márquez's *Crónica de una muerte anunciada* [Chronicle of a Death Foretold]». *Latin American Literary Review*. 25 (junio 1985): 104-116.



La medicina precolombina*

Durante miles de años, millones de seres humanos se enfrentaron a la enfermedad y la muerte con idénticas bases ideológicas como lo hace el hombre de hoy —restablecer el perdido equilibrio entre el organismo y su medio ambiente— y con una práctica medida primitiva, original y siempre, a lo largo de generaciones y culturas, perfectamente consecuente con la concepción del mal físico como de origen divino.

Y así como el hombre actual cree firmemente en la enfermedad como resultado de modificaciones impuestas por agentes externos, radiaciones, toxinas, virus, bacterias, alteraciones genómicas y celulares, y confía en la técnica y la ciencia para su resolución; así también aquellos otros hombres creían, no menos firmemente, en que el recto curso de su salud dependía de agentes externos que movían dioses y espíritus. La única diferencia entre nuestro padecer y el suyo, entre su búsqueda y nuestra búsqueda de la salud perdida, era el origen sagrado de la enfermedad y el modo de utilizar los medios para recuperarla asentados sobre bases esotéricas y religiones.

Cualquier estudio de la medicina precolombina que olvide su concepción sobrenatural, y ofrezca como conocimiento científico lo que de hecho es sólo creencia mágica, corre el riesgo de resultar un texto artificial y artificioso, una relación de curiosidades bien alejada de la verdadera naturaleza de la práctica precolombina en el arte de curar. Esta injusta tendencia a la simplificación, integrando la medicina de los pueblos precolombinos en lo puramente primitivo, encuentra su mejor disculpa en

* Francisco Guerra: *La medicina precolombina*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1990.

algunas características esenciales de los aborígenes americanos que han dificultado siempre cualquier intento de aproximación a sus culturas. En primer lugar, la ausencia de un modelo cultural uniforme: hubo centenares de tribus con dioses, lenguas y costumbres distintas; centenares de tribus que no constituyeron sociedades estáticas y que fueron resultados de movimientos migratorios, cuando no de alianzas y conquistas. En segundo lugar, la ya mencionada confusión y equívoco de categorías intelectuales que supone el tomar por ideas científicas procedimientos mágicos, ejecutores del arte de curar por simples técnicas y no intermediarios y vectores de los propios dioses.

La Medicina Precolombina es una obra excepcional que pretende, y consigue magistralmente, sacarnos del error debido a la cómoda inercia y ofrecernos, en un exhaustivo trabajo de investigación, la auténtica dimensión humana del aborígen americano como hombre enfermo, sus ideas y recursos ante la enfermedad y el apasionante panorama de sus conocimientos en esta materia.

La Medicina Precolombina es, ante todo, un trabajo ordenado y de fácil lectura. Con orden y método científico se estudian sucesivamente las fuentes de estudio, las culturas diversas del continente americano, la nutrición y producción de alimentos y la propia nosología, para pasar a continuación a un estudio pormenorizado de cada grupo étnico en un amplio recorrido por toda la geografía americana, de norte a sur, de Alaska a la Patagonia, pormenorizando usos, costumbres, tradiciones médicas y recursos quirúrgicos, analizando muy detenidamente la materia médica y los hábitos higiénico-dietéticos. Lo que, en función de la densidad, podría resultar tedioso, se hace asequible por la sencillez del lenguaje empleado y la cuidada sistematización.

El estudio de los restos humanos, como parte del singular avance de la arqueología americana de los últimos decenios, ha permitido tanto el conocimiento de lesiones óseas como el de trepanaciones y aún deformaciones y mutilaciones intencionales, que en algún caso lo eran también de carácter estético. Aportación de la arqueología ha sido el conocimiento de construcciones sanitarias —acueductos, pozos, alcantarillados— y de las artes plásticas, como las pinturas murales y cerámicas en las que el indio precolombino supo representar con fidelidad síndromes patológicos, actos médicos y rituales curativos. Y aportación arqueológica es también la

descripción pormenorizada de instrumentos médico-quirúrgicos —espátulas, cucharillas, clísteres, tablillas, tubos de inhalación, cuchillos de pedernal y de cobre, apósitos de sorprendente perfección y agujas de sutura— escasos en su hallazgo, pero ampliamente representados y descritos en la más importante, sin duda, de las fuentes de estudio: los códices y crónicas, las fuentes escritas. De ambos, de códices y crónicas coloniales, se hace completa relación, resaltando el mayor interés de estas últimas frente al carácter pictográfico y jeroglífico de los primeros. Bellísimas ilustraciones e interesantes fac-símiles completan este apartado que sirve de pórtico al estudio analítico de cada una de las culturas precolombinas, no sin antes detenerse en el condicionante de la alimentación y el determinante de la nosología.

El conocimiento de los ciclos estacionales y el ordenamiento del año astronómico permitió a los primitivos pobladores de América el abandono de la caza como fuente única de alimentos y la organización de una agricultura elemental. El paralelismo entre ésta y la tecnología de la arcilla permite datar la evolución de la dieta precolombina por el estudio arqueológico de los estratos. De la misma forma que no hubo agricultura sin adaptación geográfica al medio ambiente, no hubo agricultura sin olla de barro. Y en este punto resalta el autor el doble significado que tiene la aparición de la olla junto a los primeros productos agrícolas: aquellos alimentos que se consumían hasta entonces crudos, o calentados y asados a fuego directo o en hornos rudimentarios, pasaron a ser cocinados en ollas y se hicieron más digestibles. Como contrapartida hubo de pagarse el canon de la inevitable desaparición de productos termolábiles, como el ácido escórbico y elementos accesorios de la dieta, dando paso a la aparición del escorbuto, como puede comprobarse en el análisis de restos humanos infantiles que muestran lesiones de esta índole. Avances posteriores en la tecnología alimentaria como la aparición del molino o la utilización de sales de calcio o conchas molturadas para la preparación del maíz, abocaron al importante hallazgo del cultivo asociado del maíz con leguminosas de grano duro con las que se pudo complementar la ausencia de proteínas y aminoácidos de origen animal.

La capacidad de una cultura para sobrevivir, para adaptarse al medio, radica en encontrar una dieta equilibrada y, por tanto, en la orientación de su alimentación.

El valor nutritivo de los alimentos americanos fue muy tempranamente percibido por los cronistas y fue objeto de varias recensiones históricas en las que se hizo hincapié en la relación entre dieta y capacidad defensiva del ser humano frente a la enfermedad.

Especies botánicas de alto contenido energético como la patata, la yuca, el maíz, el fréjol, la quinúa, el pallar, el cacahuete, la batata y la occa, junto a otras de escaso valor como la calabaza, el tomate, el ají y la gran diversidad de frutos como el cacao, el nopal, el aguacate, y aún las bebidas habituales como la chicha, balche o pulque, son analizadas con precisión botánica y médica, citándose sus nombres en las distintas lenguas y valorando muy acertadamente sus propiedades alimentarias.

Los restos arqueológicos nos hablan también de cómo el indígena americano obtenía sus proteínas de origen animal, de los rasgos antropológico-culturales de la nutrición del adulto y del niño. Junto al principal mamífero americano, la llama y el principal mamífero en estado salvaje, el bisonte, se convocan en este apartado las interesantes propiedades de las carnes de pavo, pato, cobaya, perdiz, codorniz, y aún de animales exóticos a nuestros gustos como el perro, el mono o el armadillo como «carnes de comer» y fuente de proteínas.

Cualquier interpretación de la demografía americana pasa necesariamente por el estudio de las enfermedades del hombre americano y éste, a su vez, por el análisis de las condiciones climáticas, geográficas y medioambientales en que actuaron los vectores. Este interesante apartado de la nosología precolombina ha sido tratado de modo superficial por los historiadores médicos, tanto como descuidada la diferencia del enfermar de uno a otro hombre según la cultura en que asienta. El indio americano conoció muy bien las plantas tóxicas y llegó a dominar una elemental tecnología de la desintoxicación de venenos de origen vegetal y animal; hubo de enfrentarse a multitud de parásitos externos e internos y, con total conocimiento, a numerosas enfermedades de origen protozoario o bacteriano, degenerativo o tumoral, carencial o endocrino. Y aún se discute la posibilidad de que la lepra y la fiebre amarilla hayan existido en aquella América precolombina, siendo estas dos entidades nosológicas junto a la malaria lo que el autor denomina muy acertadamente como enfermedades controvertidas.

Completado este pórtico y sentadas estas bases *La Medicina Precolombina* aborda la cuidada relación de culturas dentro de un orden y una sistemática de envidiable precisión en la que no faltan aportaciones e ideas personales, fruto sin duda de un trabajo sostenido a lo largo de muchos años de paciente investigación y estudio. Tan sorprendente puede resultar para el lector la inusitada frecuencia de enfermedades mentales entre los esquimales, como la pérdida del alma de los indios del Noroeste o el conocimiento empírico de los apaches de las drogas alucinógenas, o las prácticas higiénicas de los sioux, cheyennes y cherokees y su uso acertado de infusiones, sudoríficos, diuréticos y saunas. Sorprendente la existencia de logias médicas entre los indios de lengua algonquina y sorprendentes las prácticas médicas de los indios del Suroeste e indios pueblos. Y a esta sorpresa del lector no es ajeno el lugar común de identificar como precolombino lo referente a la América Central y del Sur, con olvido, demasiado frecuente, de aquella otra América del Norte en la que la colonización y evangelización españolas fueron menos notables.

Amplísimo y muy bien documentado es el capítulo dedicado a la América Central en el que se estudian las culturas uto-azteca, azteca, maya y taína; con continuas referencias a códices y crónicas y arropado por una excelente iconografía que facilita y embellece la visión de su mundo mágico, sus tradiciones, creencias, conocimientos médicos y prácticas quirúrgicas. Y no menos amplio y preciso es el estudio de los pueblos de la América del Sur, chibchas, incas, amazónidos y patagones.

Confluye el trabajo de investigación en un corolario perfecto que invita a la relectura y puede servir de ejemplo de cómo, a la hora de extraer conclusiones, el espíritu científico ha de primar sobre la pasión narrativa. Y si a ello añadimos las más de mil citas bibliográficas, las casi doscientas ilustraciones y los tres índices, onomástico, toponímico y de materias, y la primorosa edición de la obra, habremos de concluir por nuestra parte que *La Medicina Precolombina* es un libro excepcional, un delicioso hallazgo y un instrumento de trabajo impagable a la hora de acercarse, como experto o profano, al apasionante mundo de las artes médicas del indígena americano.

Fernando Güemes